

yuca, blanca y sabrosa, que absorbe la sustancia viril de nuestro rico terruño Compañera del rústico asado, la ciudadana hallaca, compleja miscelánea que dentro de la hoja de cambur recoge y combina tantas cosas buenas. Y para libaciones y brindis, el liberal guarapo de la caña dulce, el mismo que nos alegra el corazón en horas de joropo, el mismo que pone almíbar en los labios juveniles cargados de besos, por las noches de campestres amores.

Todo es criollo. Y también todo es modesto, porque la inmensa mayoría de tus amigos, hombres de pluma u hombres de arte, no hemos descubierto todavía minas de oro en Yaruarí. Nuestra riqueza es otra: es la espontaneidad de nuestro aplauso y la cordialidad de nuestro cariño. Eso tenemos, eso te damos, en correspondencia del tesoro de belleza que has venido a ofrendar en el regazo de la Patria.

Pronto regresarás a otro mundo, que ofrece a tu naciente genio de artista horizonte más amplio. Lleva de aquí, y no olvides, la tinta virgen de nuestros paisajes, las rosas de nuestras auroras, el oro y la púrpura de nuestros ocasos, y toda la frescura primaveral de las nieblas del Avila.

Cuando vuelvas, vendrás con más laureles. Aquí hallarás otra generación más numerosa. Más numeroso será su aplauso.

Y mientras a aquel artista, como a un adolescente numen de la tierra ma-

ternal, se le ofrendaban, en ingenuos sacrificios paganos «las mansas novillas olorosas a hierba, de esas que tienden cándidamente el cuello al cuchillo del sacrificador, y traen, del último retozo campestre, enguinaldado el testuz con los bejucos en flor de las campiñas natales», una anciana llanera de curtida piel, blancos cabellos y ojos apagados e incoloros, con doliente acento cantaba, a los acordes de una antigua y lustrosa arpa, heredada de sus mayores, los viejos cantares populares de sus ardientes pampas, con los cuales, en ya lejanos tiempos, entraron a la sangrienta lid los fieros lanceros del Apure. Sus manos crispadas, al pulsar las sonoras cuerdas, parecían arrancarles lamentos y sollozos, y por sus trovas desfilaban, como en el poema homérico que celebró la cólera de Aquiles, los guerreros y las batallas, entre los clamores de las madres sin hijos por la guerra sin cuartel, o las gloriosas dianas de triunfo alcanzado a costa de preciosa sangre juvenil. Allí Monteverde, el cruel, y José Félix Rivas, el valiente entre los valientes; Boves y Briceño, los sanguinarios; Morillo, el bárbaro, y Páez, el heroico, y San Mateo, y La Puerta, y la victoria, y Urica:

La semilla colombiana
fué dilatada en nacer,
pero se vió florecer
de la noche a la mañana.

Mientras vivan Arismendi
Muñoz y el bravo Rendón

dormirá viendo visiones
en el llano el español.

En Urica murió Boves,
en El Alacrán, Quijada,
y en el sitio de El Juncal
Rosete y sus camaradas.

Dicen que los chapetones
desde que Boves murió
le dicen a sus canillas:
para qué te quiero yo.

Si el General Bolívar
fuera adivino
ya supiera que Núñez
murió en Ospino.

Bolívar en Casacoima
cuando cayó a la laguna
les dijo a sus capitanes:
Todas las muertes son una.

Las cintas azules
son nuestro estribillo,
que viva la Patria
que muera Morillo!

A la lanza de un llanero
le echó Dios la bendición
diciéndole: «mata al godó!
fiel a la revolución».

Aquella anciana llanera, a la sombra de un jardín caraqueño, poseída de frenesí patriótico, ante el religioso silencio de los circunstantes, era la viva encarnación de aquellas Sibilas griegas, Demofila, Artemis, Eritrea, que pronunciaban sus oráculos a la sombra de las encinas proféticas. Era la voz de la tierra amasada con la sangre de la guerra a muerte, el eco de los valientes muertos, que dejaron el año sin primavera, el sordo clamor de la epopeya libertadora!

Como una noche de 1912 en París, oyendo a Jean Jaurés contra Briand, que había encarcelado al antimilitarista Gustavo Hervé, tuve la sensación de la Revolución francesa, así aquel 19 de julio de 1911, bajo las acacias del Club Concordia de Caracas, sentí cómo fué la guerra que libertó a Colombia; pensé que el héroe que dió cima a tan grande obra no pudo nacer sino en esa afortunada tierra donde, como en Italia, se da mejor la planta hombre; sólo entonces comprendí y para siempre amé a Bolívar.

CORNELIO HISPANO

(El Tiempo, Bogotá).



—¡Cómo! ¿Estás leyendo mi correspondencia?

—Sí, señor. ¡Y qué trabajos estoy pasando con esta letra!

(Excelsior, México, D. F.)

(Por GARCÍA CABRAL).

Obras de Alfonso Reyes

Hemos recibido para la venta 10 ejeps. de cada una de las siguientes:

El Plano Oblicuo Precio \$ 2.50
Simpatías y Diferencias (Tres series).
Precio de cada serie > 2.50

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª Avenida O. y calle 4ª S.